

Los ojos de Elisa

Macarena García Moggia

La poesía es una luz que deja tantos ciegos

Malú Urriola

Con ocasión de la conmemoración de los cien años del manifiesto surrealista, se montó en el Museo de Bellas Artes de Viña del Mar una muestra en homenaje a la artista Elisa Bindoff, quien fuera la última esposa de André Breton. Se conocieron en 1943 en el café Larre's, en Nueva York; se casaron un año después y compartieron una vida juntos hasta la muerte del poeta el año 1966. No era mucho, a decir verdad, lo que la muestra decía de ella. Había obras en su homenaje que solo vi al pasar, buscando algo de su autoría. Ni una carta, ni una pieza suya encontré; solo una fotografía ampliada en la que salta a la vista su gran belleza, pero sobre todo sus ojos, retocados como solía hacerse en esos años: el iris ampliado hasta casi ocupar el ojo entero, dando a la mirada un aire mitad narcótico, mitad animal. Como de pájaro.

“Tú que prestas a las mujeres los más bellos ojos de bruma”, escribió Bretón en un poema dedicado ella, pero sobre todo a Chile —“tierra de mis amores”—, un país que no conoció pero al que imaginó como un territorio regado de miradas brumosas a los Andes, como tocadas “por la pluma de un cóndor”. No es con todo, aquel poema, el único retrato que hizo de su compañera. Dedicado a ella por entero está su libro *Arcano 17*, escrito en 1944 durante una estadía de ambos en la Península de Gaspé, al noreste de Canadá, en los meses que siguieron al inicio de la liberación de la Europa ocupada. Dedicado a ella pero también escrito, acaso, *por* ella: “En el sueño de Elisa” es la frase que se lee al comenzar, para adentrarse luego en una suerte de viaje muy singular por un presente que ya no se deja leer utilizando únicamente el lente de las ideas y las palabras de la historia. Que reclama

ahora el lenguaje de la magia, la mitología, la poesía. Solo entonces los dolores de una guerra logran encontrarse con aquellos personales, revueltos ambos como las aguas del roquerío de Percé que Breton observa desde su ventana. Una ventana que, dicho sea de paso, ya no mira exclusivamente de adentro hacia afuera. A la que no basta, podría decirse, con los espejos entre una historia singular y una experiencia colectiva, porque de pronto esa ventana vuelve posible también un encuentro entre la tierra y el cielo.

La imagen estaba presente ya en el primero de sus manifiestos, donde irrumpía de improviso la visión de un hombre siendo atravesado por una ventana perpendicular al eje de su cuerpo, quedando esta en posición horizontal, *entre* la cabeza y los pies. Y aquí regresa, veinte años más tarde. En primer lugar, para abrirse a la noche: “Ya no hay otro marco que el de una ventana que se abre a la noche. Esa noche es total, podríamos decir la noche de nuestros tiempos”. Una noche ante la cual cada quien habrá de esforzarse en arrancar las máscaras del espanto, esperar “que la perturbación se disipe en su superficie” y darle tiempo para que advenga, una vez más, la noche virgen de la que Novalis, en sus *Himnos a la noche* escribió: “Más celestes que aquellas centelleantes estrellas / nos parecen los ojos infinitos que abrió la Noche / en nosotros”.

En esa estrella irá convirtiéndose la ventana de Breton en estas páginas; en una estrella arquetípica, dibujada en la carta número diecisiete del tarot, que “es toda la mágica noche en el marco, toda la noche de encantamientos”, donde “los perfumes y temblores trasvasijan el aire entre los espíritus” y “la gracia de vivir hace vibrar en sordina las flautas de Pan bajo las cortinas”. El cubo negro de la ventana no será, desde entonces, tan difícil de romper, “penetrado poco a poco por una difusa claridad de guirnaldas”.

En el arcano diecisiete una mujer desnuda, rubia y de pelo largo se arrodilla a orillas de un arroyo, tiene dos jarras en las manos, una vierte agua sobre el agua y la otra sobre la tierra. Un paisaje se recorta al fondo: de un lado un árbol con un pájaro negro en la copa, del otro lado se yergue una especie de flor. En el cielo, rodeada de siete estrellas, una gran estrella al centro cierra el triángulo de la composición: “Hay una estrella sobre ti, por fuerza, sin

que tú lo sepas. (...) Está hecha con la irradiación que la vida espiritual, llegada a su mayor nivel de intensidad, imprime a toda la expresión de un rostro humano”.

Esa estrella, esa ventana, esa mujer, es Elisa, a quien Breton habla e interpela una y otra vez: “Cuando la suerte te llevó a mi encuentro, la sombra más grande me habitaba y puedo decir que es en mí que esa ventana se abrió”.

Al momento de conocerse, Elisa había sufrido hacía apenas unos meses la pérdida de su hija, una preciosa joven de 17 años que murió ahogada mientras practicaba navegación con unas amigas en un campamento de verano. “Te vi”, continúa Breton:

estaba aún toda la niebla de una especie indecible en tus ojos. ¿Cómo se puede, sobre todo, quién puede renacer luego de la pérdida de un ser, de una niña que es todo lo que se ama, con mayor razón cuando su muerte es accidental y en esa niña se encarnaba objetivamente toda la gracia, todos los dones del espíritu, toda la avidez de saber y de probar que nos da, de la vida, una imagen encantadora?

A Elisa, que quiso hacer de ella por entera “la noche pura”, que un día “no pudo sostenerse en la pupila de sus ojos”, Bretón ofrece el único recurso de su amor, que será espiar a hurtadillas en el fondo de sus ojos la señal que haga posible “extraer todo el día” en “una brusca vuelta atrás”. Y esa señal, como la luz en la ventana, como la estrella en el cielo del arcano, va apareciendo. Y tiene la forma del amor —“en la jungla de la soledad, un luminoso gesto de apertura puede hacer creer en un paraíso”— y de la rebeldía. Una rebeldía que es, ante todo, contraria a la resignación: “No hay triunfo alguno fuera de lo que, liberado a todos los refinamientos de la conciencia de la pena, se muestra en su naturaleza tenazmente renuente a la pena”.

La única actitud posible frente al dolor, escribe Bretón, es mirarlo a la cara y *dejarse ir*. Porque el dolor, como me dijo hace unos días mi oculista, es lo que hace que no perdamos las cosas; es decir el trabajo que hace el cuerpo para aferrarse a lo que no quiere soltar, pero también el trabajo que hace el alma, pensé, para no perderse a sí misma en aquello que se va.

Te vuelvo a ver en la calle helada, moldeada en un escalofrío, sólo los ojos descubiertos. El cuello alto subido, el chal en tu mano cerrada sobre la boca, eras la imagen misma del secreto, de uno de los grandes secretos de la naturaleza en el momento en que se libera y en tus ojos de fin de tormenta se podía ver surgir un muy pálido arcoíris.

Guiado por esta imagen nocturna como la estrella de *La estrella en la ventana*, imagen de otra vida presentida que solo puede mostrarse en todo su esplendor más allá de un cierto pasaje oscuro, lugar de exilio o valle de tinieblas, como diría Julien Gracq, André Breton persigue mediante la ensoñación asociativa los caminos que conducen al fondo del dolor humano, con la convicción de que solo una vez descubiertas sus “extrañas capacidades” es posible saludar “a lo que vale la pena vivir”.

Libro de la esperanza, *Arcano 17* describe, al igual que la carta, la aventura de *ver*, abriendo la ventana y con ella los ojos a la noche oscura de las aguas antiguas y porvenir desde el presente desnudo del duelo personal y colectivo, de la caída de las convicciones y las palabras en el vacío. Para Elisa, para sí mismo y para la época entera, Breton busca dar con una fórmula mágica que abra camino, como el agua, como un pájaro en un rito de iniciación, al amor llamado a renacer de la pérdida del objeto; a la libertad concebida como un “erotismo continuo”. Y a la poesía, finalmente, que de la sensibilidad humana estruja “todo lo que esta es capaz de dar”: únicas tres vías de conocer y encender, en la ceguera de nuestros ojos, la luz.

...

Macarena García Moggia (Viña del Mar, 1983)

Ha publicado, en poesía, *Aldabas* y *A un elefante*, la novela *Maratón* y el ensayo *La transparencia de las ventanas*, que obtuvo los premios MOL, Municipal de Santiago y Academia Chilena de la Lengua. Es doctora en Filosofía por la Universidad de Chile y Master en Humanidades por la UPF, Barcelona. Dirige el sello editorial Mundana, enseña en el Instituto de Arte de la PUCV y desarrolla actualmente una investigación postdoctoral ANID titulada “Figuras de la mirada enmarcada”.